

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

JAIME QUEZADA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién soy?

y pasión y muerte de María Malibrán, la poderosa, sensible y modulante voz de una mujer incomparable. Pérez Rosales está vivo. Benjamín Vicuña Mackenna se pasea a caballo por la Plaza de Armas de Santiago, viaja en la primera locomotora a San Rosendo, camina a marcha forzada para ver la erupción del volcán Antuco. Va en carricoche de Valparaíso a Santiago, mirando a ojo desnudo el cometa de 1882. Literalmente, me he pasado todo este año tendido, echado como animalito, de guatita, a lo largo y a lo ancho de viejos diarios del siglo pasado en nuestra Biblioteca Nacional, siguiendo la huella de Vicuña Mackenna. Diarios y periódicos que amarillean como las dalias de los jardines de San Miguel del Monte (1).

Me he hecho, pues, últimamente, chileno, chilénísimo. Pero chileno de cuatro siglos: cronistas, historiadores, políticos, botánicos, viajeros. Chile, una larga historia de contar. ¿Estoy a retrotiempo? Quisiera ser un niño que va por un camino libre y alegre tras un caballo.

(1) Benjamín Vicuña Mackenna: *Don Andrés Bello y el cultivo de las dalias en los jardines de San Miguel del Monte*. Revista "Artes y Letras", 1884. Tomo II.

Nací a la vida literaria en Concepción, en la Universidad de Concepción, cuando nuestra Universidad nos formó una mente razonadora, crítica, ilustrada y creadora. Jamás he escrito un poema en mi ciudad natal —Los Angeles—, salvo **Estrofa para Violeta Parra** —estrofa—, una tarde de domingo cuando yo trataba de cantar una canción en la guitarra a la sombra de un ciruelo y ella, ave **chilensis**, se había cazado a sí misma de un escopetazo: **El día que se nos murió la Mujer-Cántaro / Yo estaba en un pueblo del sur / Deshidratándome / Sin saber qué hacer con la guitarra.** Concepción fue el diálogo, la ciudad abierta, el desarrollo libre del espíritu. Hay una fotografía de Gabriela Mistral llegando a la vieja estación de ferrocarriles penquista. Lleva sombrero con ancha cinta y un faldón talar la distingue en-

tre las más. A su lado, dándole la bienvenida, el rector Enrique Molina (papá Molina, lo llamaba Nicomedes Guzmán). Siempre he pensado en esa estampa —que es ya daguerrotipo— por su símbolo representativo de los valores de nuestro pensamiento. Con razón don Enrique crearía después el Campanil en la ciudad universitaria. Y nuestra Gabriela se iría a vivir su errancia por el mundo con la nostalgia permanente de su Chile amado.

El ensayista Jaime Giordano publicó el 65 **Treinta años de poesía en Concepción**, con un prólogo admirable por su búsqueda histórico-social-poética de una ciudad: poetas mandragoristas, vanguardistas, regionalistas. Ninguno había nacido en Concepción, pero allí recibieron la revelación vocacional de su destino literario. Es frecuente encontrarse con hitos, con objetos referenciales: **los tilos de esta plaza son de los tiempos de Félix Armando Núñez. O en ese caserón de Barros Arana con Orompello vivió tras los visillos María Rosa González. O por esta calle gustaba caminar las noches de niebla Aldo Torres Púa.** Una calle, una casa, un árbol se identifican en Concepción con un poeta, le pertenecen, son una misma semejanza ciudad y poesía.

En otra época la revista **Atenea** hizo lo suyo. ¡Cómo la añoramos! Era la vinculación continen-

tal con las letras, las artes y las ciencias. Milton Rossel: **niños, tienen que hacer carrera.** Alfredo Lefebvre: tan escritor, tan quevediano, tan crítico, tan investigador, tan homosexual de maravilla, tan amigo. Francisco Dussuel Díaz: **la Universidad protege a sus poetas, aquí tienen dinero para sus revistas.** Todos ellos tampoco están entre nosotros, pertenecen a la memoria que no traiciona de los muertos. Sólo Daniel Belmar —**viejo zorzal de las fuentes de soda**— sobrevive al todo tiempo pasado fue mejor. ¿Y Gonzalo Rojas, Alfonso Alcalde, Jaime Concha, Ramón Riquelme, Silverio Muñoz, en qué aldea del mundo estarán, si es que están? La literatura es un azar que reúne y dispersa, que condena y salva inevitablemente: **¡Apollinaire amado, vivimos como locos y hemos perdido el tiempo!** (2).

Manuel Rojas hace entrega a la Universidad de los manuscritos de su obra **Punta de Rieles**, en un acto sobrio y perdurable. Pareciera un monstruo y un niño a la vez. Su presencia toma la forma de una novela viviente. Hasta los jardineros fueron a escucharlo. Un centenar de estudiantes escucha cabeza abierta a Nicomedes Guzmán, pa-

(2) Gonzalo Rojas.

recía que tartamudeaba al hablar o que iba empujando con dificultad las palabras. Después vendrían los Talleres de Escritores, los primeros en el diálogo y en la acción. Por allí nacimos nosotros, bajo el signo de **Arúspice**, un día jueves, saboreando un vaso de vino caliente con naranjas. ¡Y a la salud de Vallejo! Viendo el vuelo de los pájaros y el canto de las aves: los augures de las cosas que están por venir. El rector David Stitchkin se daba tiempo para escucharnos y escribirnos. Amaba a los poetas, cuando amar es respetar, estimular, abrir posibilidades creadoras. Mi hilacha literaria me sale a flote con todo ese regusto a años que no vuelven, pero que me hicieron en oficio y en conducta, en vagabundeo y creatividad. El Concepción de mi calle La Virgen, de mi Escuela de Derecho, de mis aromos a la subida del cerro Caracol, de mi Celmira Bustos sirviéndome un plato de picares en el mercado más noble de Chile.

A los 21 años —el mismísimo día de mi calidad de ciudadano mayor— escribí mi primer poema. Como se ve o se escucha no he sido nada de precoz... en materia poética. Un poema que hablaba del padre, de los bosques, de la vida a flor de naturaleza. Me asombraba de mi propio crecimiento en medio de vegetales, semillas, mimetizándome animal, niño también. Casi al tiro ganó un concurso (honesto) aquí en Santiago. Yo había empeñado mi reloj despertador certix para comprar el papel, el calco, el franqueo. Lo publicó un domingo la página literaria de un diario hoy desaparecido (3). Fue mi bautizo inicial. Mis amigos me felicitaban. A mí me daba lo mismo. O mejor dicho, me alegraba por ellos. Me alegra-

(3) *El Siglo*, 8 de julio, 1962, pág. 2.

ba de verlos felices: yo era sano, sigo siendo sano. Tal vez por eso los premios nunca me han conmovido, a no ser el breve instante de felicidad que me daban y me dan los que están en mí. La publicación de ese, mi primer poema, significó, además, mi primer tirón de orejas en mi familia porque creyeron que yo era comunista.

¿Literariamente qué había hecho antes de toda esta edad? Escribía crítica literaria en un diario de mi ciudad. Unas críticas llenas de erratas: daba por muerto a escritores que estaban más vivos que el teniente Bello o viceversa. Yo escribía **juegos de poesía** y me ponían **jugos de poesía**. Braulio Arenas siempre sacaba la peor parte. Nunca pudieron dar con su nombre: cuando no Braulio Apenas, era Barulio Arenas. Cierto, cierto. Empecé, pues, como crítico, a diferencia de nuestros críticos de hoy que escribieron poemas en sus años mozos. Después de todo, esas gacetillas críticas me sirvieron para conocer las vanidades y halagos de las gentes. Recibía cartas de sesudos escritores recomendándome sus propias obras. Esperaban un juicio mío. ¡Si yo era un muchachito que todavía andaba con el moco colgando! Aprendí a olfatear los libros. A recrearme con los títulos, con los tipos de letra, con las láminas. Yo ni pensaba todavía ser poeta.

Aunque tal vez ya era poeta: nunca se piensa lo que se es. Cuando se piensa uno se fatiga. Cuando la inteligencia comienza su obra, sobrevendrán en el camino no pocos pesares que se encargarán de terminarla.

Fui un alumno aventajado, un buen escolar, en mi liceo fiscal. Eximido siempre. Nunca rendí frente a una comisión un examen, ni siquiera el de educación física. Me salvaba la gimnasia: yo gimnasta sueco, gimnasta pedestre, gimnasta al aire libre. Desde niño aprendí a subir a los cerezos, a escalar el campanario de la capilla, a correr tras una liebre en un sendero. Me gustaba vagar, tenderme en el pasto, trepar a los tejados, mirar fijamente un punto en el cielo: las tres marías, las siete cabritas, la cruz del sur. El texto de lecturas literarias (un voluminoso libro de cubierta color naranja) de Roque Esteban Scarpa —¿usted se hace joven, maestro, o yo me hago viejo?— me sirve, según el caso, de guía, de asiento, de cabecera, de arma. Aunque nunca he tomado, ni por pienso, un arma en mis manos, ni de fuego, ni de juego: una vez maté un gorrión con una honda de elásticos y mi mano se llenó de sangre. Nunca más. Arma para hacerse lúcido sí, para conocer a Quevedo, para cantar a la vida retirada.

De una cosa me arrepiento: haber tenido demasiada buena conducta en el colegio. Me hubiera gustado haber sido un estudiante indisciplinado, rebelde, a lo carloto, que estuviera en la inspección a cada rato. Acaso de alguna manera lo fui. Todavía me duele el tablazo que me dio un día el profesor de trabajos manuales por haber cortado yo mal esa misma tabla. Quedé traumatizado. Tan inútil que ni siquiera sé encender hoy un fósforo. Todo me lo hacen: mi cama, mi mesa, mis poemas. Me lo hace el otro que está en mí y que no soy yo. Yo dejo al otro que se peleé con los afanes cotidianos, que se ponga de mal humor, que dé rienda suelta a sus sentidos, porque sé que al final del día le vendrá a él la paz, el alma, el ser feliz sin penas que le hagan mella. Sólo entonces aparezco yo, como de luz, como de sombra. Sólo entonces, también, tengo conciencia del poema que escribí, de la mesa a la cual me senté, de la cama que me dio mi sueño y mi costumbre: **mata a Buda, mata a Dios, mata a tus antepasados, para que vivan en ti (4).**

(4) H. M. Enomiya Lassalle: *El Zen*. Ed. Mensajero. Bilbao. España. 1974. p. 120.

Atravieso el lago de Pátzcuaro al atardecer de un primero de noviembre: es la noche de muertos. El panteón de la isla de Janitzio se llena de familias indígenas tarascas que llegan con flores, ofrendas y veladoras. Grandes ramos de zempaxúchitl y lirios del campo: **la claridad, la claridad está llegando a mi rostro.** Juguetes, tamales, pajari-
tos de dulce en las tumbas de los niños. Manteles y más tamales, en las de los adultos. Hasta el amanecer los antepasados recobran vida. El rito pagano-religioso-folklórico vuelve año tras año. La muerte es un acercamiento a la tierra, una incredulidad también, una burla, una ironía, un símbolo de amor. Los grabados de José Guadalupe Posada testimonian una vida cierta. Me compro una calavera de azúcar con mi nombre y me la voy comiendo lentamente con un vaso de canela ca-

liente con tequila: comida y bebida para los seres de otro mundo en este mundo que no es el mundo.

Soy alumno de Octavio Paz en el Colegio Nacional de México el año 71. La primera clase me la pasé durmiendo. Me dormí en la alta meseta mexicana mientras el autor del poema a la Plaza de Tlatelolco habla de la rebelión y tradición de la poesía moderna, del fin de una modernidad para asistir al nacimiento de otra. Juan José Arreola —igualito a los personajes del cine mudo de los años 20— me enseña a jugar ajedrez, pero yo no sé defender una reina de un caballo: no sé jugar ajedrez, no sé hacerme el nudo de la corbata, no sé conducir un automóvil. Prefiero que me hable de su vida, de su autodidactismo, de su pueblo natal con nombre de zapallo, de su mal borrego negro que todavía lo persigue. Un confulario, no cabe duda, un escritor lleno de manías y generosidades.

En el ancho patio de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe —el corazón religioso de la ciudad, dice Salvador Novo— me hago tomar una fotografía para el recuerdo montado en un caballito de cartón-piedra. Entre gente que come elotes con crema y canta alabados, compro postales a

todo color: Querida mamá, aquí te mando una estampita de la Virgen de Guadalupe para que la conozcas y te dé buena salud y te conserve bien. Yo sólo creo en una muchacha que iba sentada delante de mí en un tranvía sin saber nunca que yo iba escribiendo un poema para ella. El sol azteca enrojece mi rostro y mis sentidos. Sigo la huella de Gabriela Mistral en Chapala (¿no escribió aquí los **Motivos de San Francisco** sentada a la sombra de los mangos?) y Ameca Ameca, en Tepatlán e Irapuato, en Querétaro y San Juan de los Lagos, en fin, Chapultepec, Cocula, Oaxaca, Uruapan: ¡las jícaras de Uruapan! Estuve a punto de romper una por descuido en un mercado. En la cúspide de la pirámide del Sol —el templo azteca milenario de Teotihuacán— me siento en la postura ritual de adoración respirando hondísimo: ruinas vivas en un mundo de muertos en vida. Cae la noche sobre Teotihuacán. Los muchachos fuman marihuana. Suenan guitarras roncacas (5).

Vivo y revivo México, puede decirse a pata suelta. De ojos y de pies y de sentidos totales, voy de una catedral a un mercado, de un museo a una

(5) Octavio Paz: *Himno entre ruinas*.

cantina, de una calle a un pueblo para saberse de memoria. Lloro de emoción y de orgullo a la salida del Museo Nacional de Antropología, pensando en lo que fue capaz de crear el hombre precolumbino. Utensilios y faenas, granos y tejidos que testimonian la humanidad de un continente. Lloro, tal vez, con la misma emoción que vi llorar, pañuelo tras pañuelo, a mi madre o a mi hermana por Chachita o Pedro Infante que le arrebataban el corazón en el cine de mi ciudad natal, mientras yo saboreaba uno que otro *Ambrosoli*. No podré olvidarme de México porque vivo su nostalgia y su presencia: mi cama limpia, mi ropa limpia, mis libretas limpias en el cuarto limpio de un hotelito de la calle Ignacio Mariscal, casi al frente del Monumento a la Revolución que apenas cabe en el ojo de una cámara fotográfica. Yo abro la ventana y el cielo azulísimo me hincha los pulmones con su aire. Como cacahuetes, veo volar palomas, escucho organilleros que tocan ritmos de otro tiempo y de este tiempo: qué lejos estoy del suelo donde he nacido.

¿Qué habrá sido de la pequeña iglesia de cal y teja de barro del pueblito de Chichicastenango después del último terremoto de Guatemala? Me pasé una semana, un mes, un año oliendo a incienso y a copal, a milpa y a estoraque, a música de tambores y chirimías. Por su rostro y su hablar los hombres de maíz no ocultan su herencia maya. Sus antepasados fueron los creadores y fundadores de una cultura que ellos, tal vez, ignoran porque no saben leer ni escribir y sacan la cuenta con los dedos de las manos y se dejan fotografiar por cuarenta centavos de quetzal. Pero tejen camisas y huipiles y usan collares de piedra de jade y en la tela de sus vestidos llevan flores y pájaros bordados. Y hablan una lengua que habla por su raza y que yo escucho con no disimulada envidia, como si todo fuese una canción.

El Popol-Vuh, Palenque, Uxmal, Copán, Ixamal, Tikal, Ocozingo, los manuscritos maya-quiché: sol veritatis. Miguel Angel Asturias con su cabeza de tolteca viene a mi encuentro en las páginas de *El Señor Presidente*. Florecen los claveles del aire, las buganvillas, la flor de nochebuena, la llama del bosque. Yo me veo del tamaño de una hoja de aspidistra al lado de los templos y estelas que conservan aún el caracol de piedra o el vuelo de

la serpiente emplumada. El sudor del milpero hizo esta ciudadela de piedra en el siglo XII: el Tikal es nuestra Acrópolis. No se escucha un ruido ni una voz humana. Puede ser el fin o el comienzo del mundo. Si diera un paso más me perdería para siempre en la vegetación de la selva. A duras penas subo a la gran pirámide escalón por escalón. ¿Qué hago muy sentado en el peldaño número noventa y siete? Espero ver volar un quetzal. Y no veo otra cosa que las alas del pequeño avión que nos trajo de ciudad de Guatemala: el nuevo quetzal que a diario vuela con turistas gringos y no gringos. De repente pareciera el océano. Pero no, es la inmensa selva verde que se ondula con el viento.

El recuerdo de Joaquín Pasos, el ángel pobre que se subía a los palos de los jícaros a leer poemas, me acompaña una tarde en el gran lago de Granada, a la sombra del Mombacho, hermano gemelo del Momotombo: Darío y más Darío, paisano inevitable. El leoncito de mármol, las mar-

chas triunfales, el tuércele el cuello al cisne. En fin, Rubén, te saludo con mi bombín que se comieron los ratones en mil novecientos veinte y cinco, amén (6). Nicaragua es una tierra de poetas y de otras cosas, como Chile. A tijeretazo limpio me cortan el pelo encerrado en un water del aeropuerto de Managua. ¡Ay, Morelia, todavía no puedo abrazarte! Yo ardo de rabia a medida que me van echando la melena abajo. Por la puerta entreabierta veo muy frente a mí a Anastasio Somoza Debayle de cuerpo entero y traje blanco y una leyenda que apenas cabe en el retrato: **Somoza significa paz, trabajo, progreso.**

José Coronel Urtecho, el poeta más interesante que he conocido en mi vida social-literaria, me enseña a comer iguanas guisadas con aguacates y mojarras fritas con nacatamales en un puerto fluvial-lacustre caribeño, rodeado de moscas, chayules, zancudos, mosquitos... las siete plagas, a pocas millas del archipiélago de Solentiname, donde me alejaré del mundo para encontrarme con el mundo. José Coronel habla, se apasiona y todo lo que habla vale por cuanto libro no se ha leído. **Es la verdadera biblioteca nacional del país**

(6) José Coronel Urtecho: *Oda a Rubén Darío*.

y el maestro de todos, dice Ernesto Cardenal (cardenales y coroneles hacen la poesía nicaragüense) mientras destapa una cerveza **Victoria** heladísima y llena mi vaso hasta que la espuma cae sobre el mantel de hule de la mesa.

El pirata Mansfield y el filibustero Henry Morgan hicieron este viaje en el siglo XVII, de seguro, en mejores embarcaciones. Campesinos que duermen abrazados a sus machetes, isleños que preparan sus cigarros con las mismas hojas del tabaco, comerciantes que juegan a las cartas apoyados en sus maletas. Sacos, cajones, bolsas, jaulas con tigrillos y gatos de monte. Todos los olores se hacen queso fresco, tortilla de maíz, plátano cocido. De un momento a otro se nubla. Hay relámpagos y truenos y la lluvia se ve venir lago adentro. Yo voy sentado sobre un cajón de cervezas vacías cubriéndome la espalda con un poncho araucano. Un viejo campesino come mamonos recostado en su hamaca y escupe botando los pequeños cuescos por sobre mi cabeza. A pesar del ruido del motor de la lancha **Río San Juan**, a ratos me duermo.

Ernesto Cardenal con sus botas de hule negras, bluejean desteñido, cotona blanca y boina azul, pasa por entre cajones de chiltomas y qui-

quisques, racimos de bananos, sacos de frijoles, canastos con mangos y pitahayas. ¡Miren al padre, tan sencillo, quién lo viera. Y cuentan que es millonario!, dice una vendedora de lagartos vivitos y coleando, mientras lee a pleno sol una antología de poemas de Luis de Góngora y Argote. El calor hace comezón en todo mi cuerpo. Me quito la chomba de lana y hago pantalla al sol. Flotan enormes manchones de camalotes. De repente, como si fuéramos por entre manglares. La vegetación llega al borde mismo del lago y el cielo está limpio como una buena bienvenida. No se ve un punto de tierra. Todo está cubierto por los robles de sabana, el árbol del pan, los poroporos, los corteses, los pochotes, los malinches. En medio de tanta vegetación, imagino que voy a divisar un manzano, un cerezo, un aramo florido, un peral. Aspiro una y otra vez el aire que huele a sándalo, a flores de cedro, a flores de árboles desconocidos para mí.

Thomas Merton es el fundador espiritual de Solentiname, que quiere decir lugar de codornices (aunque yo no vi una sola, así sea tiburones y pesierras): **deseo establecerme en completa soledad en algún sitio, y si es posible desaparecer en algún lugar donde sea completamente desconoci-**

do. Lo más importante en la vida no es completar ninguna obra, sino alcanzar un grado de conciencia y de libertad interior que está más allá de todas las obras y todas las realizaciones. Esta es mi verdadera meta. Ello implica el que uno se vuelva desconocido y como nada (7). Viví en Nuestra Señora de Solentiname con esa conciencia y libertad interior.

Me perdí en los países centroamericanos. Centroamérica es perderse un poco, y tal vez mucho: la selva, los soles tropicales, las culturas precolombinas, los blancos, los indígenas, los negros. Tegucigalpa, nombre para saborearlo como a una fruta. El trencito de la Northern Railway Company subiendo y bajando entre Cartago y Puerto Limón. El aroma del café, el comal, la vegetación, los bosques de jaúl, los pantanos, los volcanes —las fumarolas del Izalco para leer los poemas de Roque

(7) Thomas Merton: Carta al poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra.

Dalton—, las soledades, las tentaciones: bajé a los infiernos, subí purificado. Solentiname y esos lugares marcaron mi vida —como mi aldea hizo mi infancia, y Nahuelbuta mi pasión forestal por Chile—. Entré a una existencia nueva, hecha de cordialidad y abandono: oía, veía, respiraba como nunca lo hiciera hasta entonces. Los sonidos, los perfumes, los colores se enlazaban profundamente en mí. Descubrí la vida de los sentidos. Algo parecido le ocurrió a André Gide —sin ser yo André Gide— cuando viajó por los lugares del Africa.

La mañana que salí de Quezaltepeque, el sol brillaba en las hojas de los cafetos mojadas aún por la lluvia de la noche anterior.

Tengo poco menos de quince años. Neruda se hace fotografiar sentado en un banco de la plaza de mi ciudad natal, bajo los tilos de un mes de noviembre. Yo lo miro y remiro con curiosidad, como quien observa a la distancia un animal raro. Por esos días había leído **La copa de sangre**, en una escasísima antología que cayó enhorabuena en mis manos. Andaba yo como iluminado entre la realidad y el sueño, con todas las motivaciones de los cerezos en flor. Si hasta perdí los botones de mi chaqueta al abrirme paso entre la muchedumbre pueblerina. Desde entonces guardo mi primer autógrafo en la hoja inicial de un cuaderno de historia y geografía. Era como tener un pedazo de madera, una piedra mineral, un hueso santo.

Nunca imaginé aquella tarde olorosa a grose-

llas y flores de habas, que muchos años después —todo tiempo es presente, escribe T. S. Eliot—, estaríamos juntos y no revueltos, leyendo nuestros poemas en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, en un recital memorable. No es que me deslumbrara el Teatro Municipal. Me deslumbraba la presencia del poeta. El poeta viejo y el poeta joven. O por mejor decir: el mayor y el menor. La lejana fotografía de una plaza de provincia tenía ahora la revelación de un destino profético y poético: **¡Que vivan todos los poetas, incluidos los malos poetas!**

Me declaro, por sobre todo, mistraliano. Ni más ni menos. Yo no conocí a la Mistral. Pero conozco o creo conocer su obra. No los piecitos, que me declaman más que me duelen. No sus sonetos, que me florecen más que me estremecen. No su vaso franciscano, que se me quiebra más que se me llena. Yo pongo mi ojo, mi tuétano, mi sien, en la Mistral que se hace Martí, en la Mistral que se hace Exequiel Martínez Estrada, en la Mistral que se

hace Alfonso Reyes. En la Mistral idea-lenguaje-pensamiento-verdad. En la Mistral prosa, en la Mistral defensa permanente del idioma, en la Mistral recado inédito en tanta página de diario de otro tiempo, de otro tiempo que será futuro. La Mistral que escribió su secreta nostalgia —que casi es agonía— a los cinco años del destierro de Unamuno o que se desvela por la muerte de Sandino: **hombre heroico, héroe legítimo como tal vez no me toque ver otro** (8). La Mistral que pedía desde **El Diario Ilustrado** la más urgente atención para los niños pobres de nuestras escuelas primarias en 1922, o hablaba despedazándose por la paz y los derechos humanos en la Asamblea General de las Naciones Unidas. No podemos ser tontos de capirote. Yo amo a esa Gabriela Mistral. No hay más de siete chilenos, siete, que conozcan esa Mistral. Pareciera una insolencia. Es una insolencia. No quieren conocerla. No saben conocerla. Nunca la conocerán. Fue por estas cosas, también, **símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano**, que le vino el Premio Nobel, que es un premio de Paz.

(8) Gabriela Mistral: Sandino, contestación a una encuesta. "El Mercurio", Santiago, 4 de marzo de 1928.

En el invierno de 1965 escribía yo, o mejor, publicaba mi primer libro: **Poemas de las Cosas Olvidadas**. En ese libro hay un poema, tal vez un mal poema —y que no incluyo en **Astrolabio** (9)—. En ese poema hablo de la tierra, de la semilla, de las amapolas, **de la huella inmemorial donde cae vencido el día del hombre**. Un poema lleno de interrogantes, adjetivos, retórica filosofal. El querer saber lo que está más allá de lo que no vemos. Por esos días, también, había yo soñado con un número, con una cifra que me dejó en vigilia por una semana. Al final de esa semana recibí una carta, una carta con membrete antiguo de luto: **Viendo papeles de mi querido hijo encontré una carta suya**

(9) *Astrolabio*. Editorial Nascimento, Santiago, 1976. 125 págs.

con un poema (precioso) que se lo agradezco de corazón. Desearía si fuera posible, conversar con usted algún día para agradecerle y saber cómo y para qué cementerio lo pidió. Pobrecito, tal vez pensó que se le sepultaría en Antuco. Por si usted no sabe, murió en Los Angeles y está en el nicho 121. Ese era el número, la cifra que yo había soñado. Y ese poema, el que Claudio Belmar leyó minutos antes de hacerse volar el corazón a perdigones. Diez años más tarde, un poema mío quizá más optimista, salva de tirarse por la borda de la vida a Marcelo Sztrum, un joven escritor argentino, amigo muy principal mío: Tu poema me llegó —como si esto fuera un cuento cursi— en un momento de desesperanza total, una noche que fantaseaba de qué modo matarme, que no había ninguna salida para mí. Tu poema me salvó, me hizo amar la vida: Mientras leo al atardecer los recuerdos del pasado / Una mariposa ha venido a posarse en la rama de un manzano / Para que yo la contemple / Y la rama del manzano se curva por el peso de sus frutos / Canta la codorniz.

¿Qué puede pensar un poeta frente a estas realidades o irrealidades? El disparo mortal en uno. El volver a la aparente lucidez en otro. Vida y muerte no son mundos contrarios, somos un solo tallo

con dos flores gemelas (10). Los poemas son a los lectores como uno mismo. La verdad honda de un poema, escribe Marcel Proust, motiva al lector consciente que suele ver en ese poema su propia honda verdad: porque cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo.

Pensando, a lo mejor, en todo esto, será que de cuando en cuando me da por vagar por los cementerios. Me gusta visitar tumbas humildes, abandonadas (e ilustres). ¿Quién visitará la mía mañana? En la tumba de Huidobro confundí las gaviotas con las palomas y corté un azulito (*Acichorium intybus*), a cambio de una rama de boldo (*Boldea boldus*) que llevaba en mi mano. En la tumba de la Mistral, casi olvidada del mundo en la punta del cerro de Montegrande —aunque ella está en la punta del mundo— me puse a hacer un hoyito y descubrí una destilería de pisco tres metros más abajo. ¡Pobre Gabriela!, al menos una corona del inca florece en tu homenaje. En la tumba de Neruda, cerré por un instante los ojos y vi puras cruces blancas en un trugal.

(10) Octavio Paz.

De cuatro mujeres me he enamorado realmente en mi vida. De las cuatro hablo a menudo en mi prosa y en mis poemas. Nunca podré olvidar a estas cuatro mujeres. Se me aparecen siempre en la realidad y en el sueño. Desaparecen y aparecen: 1) **De mi madre.** Complejo edipiano a lo mejor. O regusto a las marcadas y eternas lecturas de **en busca del tiempo perdido**. Hago claridad desde mi infancia. Mi madre me enseñó el amor a la tierra (que es decir, los hombres) y a los árboles (que es decir, la naturaleza). Andaba siempre alegre y clara a pesar de sus sufrimientos y dolores. Se hizo humilde hasta la exageración. Yo la veía hacer el pan, coser, lavar, barrer las hojas de los cerezos en el patio. La veré también, tarde a tarde, muy sentada a su máquina **Vencedora** en un rincón ventanal de la casa, o leyendo, entrada

ya la noche, los cuentos de la revista **Margarita**. Los años felices son los años perdidos. 2) **De una monja de la caridad**, que me llevaba de la mano en el catecismo. Igualita a esa monjita que hace bajar a un loco de un árbol en la película de Fellini. Me daba santitos, caramelos de dulce, medallitas de la inmaculada concepción. Como de partir con la uña están esos recuerdos bellamente en mí. 3) **De María Sabina**, sacerdotisa indígena mazateca que conocí en la sierra del Estado de Oaxaca en México. Yo estaba tendido en un petate o estera y ella me traía en un plato de madera—que allí llaman charola— unos hongos rojos y fresquitos. Los antepasados mayas y aztecas ya conocían estos alucinógenos. Hubo de inmediato una relación mágica, religiosa, ritual. Yo viví enterito el cuento de la caperucita: fui el lobo, fui el pastor, fui el leñador, fui el cazador. Tocaban canciones mixtecas en una marimba y María Sabina rezaba unas letanías como si toda la tierra rezara. Me quedé luz-ido y lúcido total. Empecé a sentir la añoranza de lo no vivido. 4) **De Diana Bellessi**, argentina, de Córdoba, vagó conmigo y yo con ella. Nos perdimos, y para siempre, en las calles, en los mercados, en los pueblos, en las iglesias, en las estaciones del metro, en las selvas. Hicimos el amor

entre las orquídeas, entre los cafetales, entre la milpa que maduraba en granos de maíz como bendición para nosotros. Diana Bellessi era el resumen de todas las anteriores. Tenía algo de mi madre, algo de mi monja de la caridad, algo de María Sabina. Poetisa mágica como relámpago.

En más de una ocasión me he puesto a pensar de dónde me vienen a mí estos afanes o quehaceres poéticos, esta solitaria que crece y crece, esta hermosura dolorosa, esta gracia de hacerse día por día como de arrebató, como de acercamiento a Dios, a mi prójimo, a mí mismo. Descarto a mi padre, que hacía buenos discursos con mala letra en las asambleas del **Partido Conservador Tradicionalista**. También a mi madre, que aún a sus setenta y cinco años, se sabe de memoria las cuarenta y tantas estrofas de **La Oración por Todos**. La canción de cuna que me arrulló noche a noche fue esa **Oración**. Me salto a mis abuelos, que conocí de oídas, aunque pareciera que los estoy viendo. A mis abuelas, que todavía tosen desde el más allá del marco de sus retratos.

Pero he aquí que aparece por estos lados un

viejo-joven periodista, primo paterno de mi abuela materna: Pedro Ruiz Aldea (1833-1870), el Jotabeche del sur, el costumbrista, el primero en editar un periódico en la región de la Araucanía (**El Guía de Arauco**, **El Meteoro**), esa zona maravillosa de la rebeldía, como la llama Gabriela Mistral o ese maravilloso Far West sin prejuicios, como cuenta Neruda. Murió tuberculoso al filo de sus treinta y siete años —a mí me faltan pocos—, en Los Angeles, ciudad natal, ciudad mortal. Heredé casi a la perfección su semblante de angustia, sus dedos entintados, su andar de locomotiva. Por aquí me vienen también los amores por el periodismo literario: Qué manera de leer diarios y revistas en provincias (en mi casa se leían tres o cuatro diarios diariamente). Qué manera de hacerle la pava al matoncito del colegio. Qué manera de ir a fiestas y malones (Alfonso Calderón no se perdía una). Qué manera de andar en bicicleta en la plaza Aníbal Pinto. La mía, una **Cic-Centenario** tuve que venderla para editar mi primer libro (11).

La escritora Gloria Montaldo publicó por el año 60 su novela **De Otra Arcilla**, con prólogo de

(11) *Poemas de Las Cosas Olvidadas*. Colección Orfeo, serie inéditos. Santiago, 1965, 39 pp.

Daniel Belmar. Gloria Montaldo fue mi profesora de inglés durante mis humanidades en el Liceo de Los Angeles. Era delicada, femenina, disimulada, coqueta. Una tarde estaba nevando en la ciudad y ella se quedó mirando por la ventana hacia la plaza. Entonces me di cuenta que era escritora. Su sensibilidad flotaba en el silencio de la clase. Durante el Mes de María me la encontraría siempre en la capilla de las Monjas de la Caridad. Un día la fuimos a dejar a la estación de ferrocarriles. Y gritamos al momento que el tren se iba: ¡tres copihues rojos por la señorita Gloria! Y nuestras voces se confundieron con el pitazo de la locomotora. Nunca más la vi, hasta no hace mucho al repetir este ¿Quién es Quién? en Valparaíso. Yo le regalé con orgullo mi **Astrolabio** y ella agradecida y conmovida, me dio un beso, me tocó el pelo, me acarició la cara. Y pensar que ocultaba tanto sus piernas cada vez que nos acercábamos a su escritorio a reclamarle una nota.

Soy el monaguillo, el acólito, el sacristán del cura-párroco Gonzalo Arteche (tío sanguíneo de nuestro Miguel Arteche, que huele también los mismos cerezos, la misma infancia, las mismas calles. Y no sería de extrañar que su tío corrigiera, entre sermón y sermón, sus primeros poemas). Cu-

ra más patriarca, más zorro, más noble, más cura, no pasó por mi pueblo. El a Dios rogando y con el mazo dando era su santo y seña: mazo dando para pedir con humildad a los cristianos de mano apretada, las tablas, los ladrillos, las tejas.

Lluvias, inviernos, temporales, inundaciones, trenes, fiestas de la primavera —cerezos y ciruelos en flor—, erupciones volcánicas: nada era ajeno a nuestro vivir cotidiano. Un día amaneció la ciudad cubierta de nieve, iluminada desde el cielo. Los pájaros no podían volar. Otra vez llovió ceniza todo un día. Una ceniza cubrió de polvo volcánico los tejados, los árboles, los campos, los animales. Mi abuela quemaba ramos benditos porque creía que era el fin del mundo. Yo lloraba a cada cacareo de las gallinas. Terremotos, epidemias, erupciones, inviernos: los fenómenos todos de la madre naturaleza me hicieron lleno de vibraciones interiores desde el minuto mismo de mi nacimiento. Por aquí me vienen mis silencios, mis soledades, mis caminatas hacia las montañas. Nos

hacemos poeta desde el día primero, a la hora misma del canto del gallo.

Pero no sólo la naturaleza. La naturaleza de las gentes, también. Por mi casa natal pasan décadas de historia cívico-social-política de Chile. Veo a mi padre sentado en un sillón apesadumbrado por la derrota de Gustavo Ross. Yo todavía no había nacido. Después lo acompañaría a los mítines, a los cabildos abiertos, a las asambleas públicas. Yo un niño de siete años, un muchacho de once, un jovencito de diecisiete. Lo vi tantas veces sentado en el mismo sillón de derrota en derrota: el 46, el 52, el 64. A cada derrota electoral suya, ganaba yo en historia y en porvenir.

Gentes, rostros, presencias humanas que se quedaron iluminadoramente y para siempre en mí.

Soy un hombre religioso. Procuro vivir en el mundo como si fuera un monje cartujo, no cartucho. Limpio de corazón. Porque en una época de muchedumbres, de avisos comerciales, de neurotizados a cada paso, yo procuro vivir eremíticamente. Pertenezco a las catacumbas, a los patios medievales, a la música barroca, a las lecturas de San Juan de la Cruz. ¿Qué otra cosa puede hacer un poeta joven, o ya no tan joven? Irse a la montaña. Allí se puede ser solitario y libre.

Amo la soledad, el ocio, la naturaleza. Estudié un poco de antropología, de literatura, de periodismo, de arte, de Derecho y concluí una tesis: **el delito de extorsión de aeronaves comerciales** (v. g.: piratería aérea). Esto cuasi me ha hecho abogado. Pero el Derecho me abandonó porque me vio en amores con la poesía desde muy temprano.

No se puede, en la vida, servir a dos señores. O se vive para la poesía o se vive de las leyes. Opté, con resuelto destino vocacional, por lo primero, con todo lo que ello significa: voto de pobreza, voto de soledad. Estoy en paz conmigo mismo.

Me preguntaba con buena intención Orlando Cabrera Leyva —Suetonio— en una entrevista, que de alguna manera he repetido aquí (12): **Dicen que usted escribe unos poemas con garabatos.** Garabatos, no, le dije. Poemas sí. Mis poemas dicen cosas, hablan el lenguaje de todos. Son anécdotas con resuelta intención de amor, de ironía, de desfachatez. Fábulas, así de cosas de arriba como de abajo. Sentido y espíritu, alma y cuerpo, llama de amor viva. Una poesía sensorial, corporal, cotidiana, familiar, con conciencia, con verdad. La poesía se me hace hoy referencia, testimonio, documento casi. El no tenerle miedo al lobo. Hay que desmitificar, hay que desacralizar.

El fenómeno de la creación literaria se me ha venido dando últimamente como un acto muy personalísimo, muy íntimo, muy en mí. El escribir

(12) Orlando Cabrera Leyva (Suetonio): *Jaime Quezada, los amores secretos de un eremita*. "Las Últimas Noticias". Santiago, 16 de mayo de 1976. p. 4.

hoy en Chile —el escribir con conciencia, se entiende, con lucidez, con claridad de ánimo y de porvenir— es una actitud muy secreta. Ojalá mi pieza fuese algo así como una celda trapense: unas blancas paredes, un ventanuco, una mesa limpia. Como si todo fuera tocado por vez primera. Aunque siempre creemos que por vez primera nos encontramos con las cosas que amamos.

No puedo escribir con gente cerca de mí, ni con ventanas abiertas. Yo busco el rincón más oculto de mi casa, donde nadie escuche, ni nadie perturbe el tecleo de mi máquina: **cuando orares, entra en tu retrete, y cerrada la puerta, ora** (13). Por instinto natural y racional necesito soledad, secreto, aislamiento, lejanía. Oculto en mi silencio. Cuando he encontrado mi **habitat** me he encontrado a mí mismo: el poeta está escribiendo, el poeta está con sus cinco sentidos a todo vapor. El resultado será un poema que yo mismo no recordaré mañana en mi memoria, aunque estaba ya en mi memoria mucho antes que yo viniera a escribirlo.

Muchas veces un poema es en mí el resultado de situaciones equívocas: suelo pensar, por ejemplo, en qué invertiría el dinero si mi boleto

(13) San Mateo: 6,6.

de la **Polla Chilena de Beneficencia** (que nunca jamás he comprado) obtuviera el premio-gordo el domingo próximo. Y termino muy sentado a la máquina escribiendo un poema de ayunos y abstinencias, de pobreza vocacional absoluta. No, pues, el querer o el desear o el buscar, sino lo que está en uno, lo que viene y va a uno.

Empiezo a echar de menos algunas cosas. Sólo se echa de menos lo que se recuerda. Recuerdo una canción de Los Jaivas: desde hace ya mucho tiempo que yo vengo preguntándome. Me lavo los dientes tarareando cada mañana esa canción. Pienso en Gonzalo Millán, en Floridor Pérez, en Silverio Muñoz, en Waldo Rojas, en Omar Lara. Pienso en mi generación diezmada: tal vez la única verdaderamente perdida, maldita, quemada. Pienso en mi soledad, en mi silencio. Tal vez debería callar. Tal vez toda esta sala debería ser silencio.

Por eso creo en todos los dioses, en todas las religiones, en todos los héroes, en todos los hombres, en todos los diablos, en todas las mentiras, en todas las vanidades. La poesía no puede ser negación de nada. Es libertad y verdad de su tiempo.

Soy, pues, un poeta más intuitivo que teórico, más cerca de la tierra, de las montañas, de la pasión forestal que de escuelas y doctrinas. Creo que el hombre nunca vivirá en paz ni en felicidad. Sólo hay instantes que bien podrían ser un minuto gozo eterno de felicidad. Hago mía —y ojalá de todos— la frase de Albert Camus: no hay que estar con los que hacen malamente la historia, sino con los que la sufren.

 Mi padre se levanta, toma su café, compra el diario camino a su trabajo. Mi madre se ha levantado más temprano que mi padre. Prepara el café, plancha una camisa, sale corriendo a recibir el pan. Yo estoy dormido, yo estoy despierto: hay que soñar hacia atrás —Octavio Paz—, hacia la fuente, hay que remar siglos arriba, más allá de la infancia, más allá del comienzo, más allá de las aguas del bautismo. Así sea.

Santiago de Chile, octubre, 1976.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO